

Raúl Vallejo: saqueador de historias
(A propósito de *El perpetuo exiliado*)
Por Alicia Ortega Caicedo

El perpetuo exiliado fue galardonada con el Premio Internacional de Novela “Héctor Rojas Herazo”, 2015, y presentada en abril de 2016 en la Feria del Libro de Bogotá. La novela narra la vida de José María Velasco Ibarra —cinco veces presidente del Ecuador—, cuyo protagonismo en la esfera pública definió el escenario social y político del país durante casi cuatro décadas. Desde una complicidad afectiva, y como resultado de un arduo trabajo de investigación en archivos de múltiple procedencia, al autor le interesa explorar la compleja humanidad del “gobernante jubilado a fuerza de destierros”, así como la relación amorosa con la poeta argentina Corina Parral Durán, esposa y compañera en sus exilios de soledad compartida. Desde el presente narrativo, que ancla en 1979 —año en el que mueren ambos esposos—, el autor emprende una sostenida indagación en la memoria del protagonista, cuando la vejez y su propia fragilidad hacen posible cierto extrañamiento y desencanto en el ejercicio de un insistente acto de rememoración.

La narración entreteje años de formación, escenas familiares, desplazamientos, alianzas y conspiraciones, triunfos electorales y derrotas: todo un complejo entramado de pasiones políticas y ambiciones económicas que arrinconaron a Velasco Ibarra al interior de un hervidero de traiciones, alrededor de quien nunca dejó de percibirse como un Mesías que debía cumplir una tarea redentora. La novela invita a ser leída en clave histórica y política —en diálogo con la tradición literaria latinoamericana en la que entronca la novela del dictador—, como una reflexión en torno a la transitoriedad de todo poder mundano, que aún a ínfulas salvacionistas, abandono y desmoronamiento. Pero también es una novela que, desde la humanización de su protagonista, se sostiene como una historia de amor entre Corina y José María, en el escenario de una suma de avatares y cuidados mutuos.

Esta suerte de novela *collage*, como su autor la define en las últimas páginas, incorpora una serie de cartas que aparecen bajo la autoría de Corina y José María, así como páginas inéditas que corresponden al *Diario* de Corina escrito en el transcurso de los exilios —presuntamente encontrado por el autor en el mercado de San Telmo en Buenos Aires—. El intercambio epistolar y las páginas del *Diario* muestran una faceta íntima de los personajes, la dimensión más humana que se asienta en la exposición de la pasión amorosa, los miedos inconfesados y la reescritura de lo acontecido en la escena pública. Escrituras apócrifas que dan cabida a la ficción como rasgo propio de la imaginación literaria. A su vez, la novela se alimenta ampliamente del archivo de la Historia, de manuscritos de diversos orígenes: en el proceso de lectura reconocemos un complejo acumulado de datos y hechos verificables en documentos históricos, referentes biográficos del protagonista, episodios de la vida nacional que perviven como hitos de una memoria colectiva y de unos imaginarios compartidos, referencias a la obra —escrita y política— de Velasco Ibarra y de quienes escribieron sobre él en ensayos de interpretación o tratados de historia, testimonios de quienes participaron en alguno de los acontecimientos que hilvanan el amplio espectro del periodo velasquista.

Esta argamasa de episodios que aúna historia y ficción deviene escenario y horizonte de creación: sabemos, como señala la voz narrativa, que “la historia no está hecha solo de sucesos sino también de escritura”.¹ El historiador Hayden White reparó justamente en la necesidad de considerar las narraciones históricas como lo que son: artefactos verbales, cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados*.² Es justamente el entramado de relatos lo

¹ Raúl Vallejo, *El perpetuo exiliado*. Bogotá: Penguin Random House, 2016, p. 52. Todas las citas harán referencia a esta edición.

² Hayden White. “El texto histórico como artefacto literario”. En *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós, 2003.

que permite el efecto explicativo de las historias. Tras las huellas de Velasco, y parafraseando al mismo autor, Raúl Vallejo crea una narración con personajes cuya palabra es cierta pero cuya invención es suya. Vallejo, en su doble función de fabulador e historiador, entrelaza un cúmulo de hechos, ordena una cronología, encadena acontecimientos de la historia nacional y latinoamericana, ficcionaliza voces, desde una perspectiva que procura, sobre todo, recuperar la cotidianidad del exilio final de quien cubrió cuarenta años de la historia del país.

Cada uno de los siete capítulos que conforman la novela se cierra con un Interludio: textos que, tal como su nombre lo sugiere y acorde a la tradición musical, proponen una pausa con respecto al hilo narrativo y ofrecen al lector claves de lectura con respecto a la historia contada. Los Interludios portan marcas testimoniales y autobiográficas, en el afán del escritor por participar de la ficción en la franca utilización del nombre propio y el recurso a la memoria familiar. En el marco de estos pasajes, Raúl Vallejo asume la voz narrativa en el esfuerzo por compartir con sus lectores el proceso de investigación, el archivo consultado, reflexiones metaliterarias, conversaciones sostenidas con quienes fueron testigos o participaron en alguno de los escenarios de la historia referida. El escritor nos hace partícipes de los espacios recorridos, así como del origen de los papeles, objetos, documentos trasegados a lo largo del proceso creativo. No es difícil reconocer en los Interludios mecanismos de autoficción y autofiguración, que producen un “efecto de verdad”, así como una complicidad afectiva en el acto de lectura. Se trata de una escritura de carácter performativo, que problematiza esa frágil frontera que conecta realidad-ficción/vida-literatura. El trabajo con la memoria supone un acto de reconocimiento con respecto a quienes persisten, desde el pasado, en su deseo por ser escuchados: voces que resuenan desde atrás allí en donde la memoria familiar y afectiva se activa, interpela el presente, convoca al relato, despierta recuerdos y promesas de escritura.

Me parece que justamente en el espacio narrativo de estos Interludios es en donde se consolida, con una portentosa plasticidad creativa, el recurso de escritura concebido: Raúl Vallejo como saqueador de relatos provenientes de los archivos de la historia y de la tradición literaria: “junto a la memoria de mi abuelo y los papeles manuscritos que él me legara, en la escritura de esta novela pervive la memoria del injustamente olvidado Cide Hamete Benengeli, aquel historiador árabe de cuyo manuscrito, traducido por un morisco toledano y comprado en el mismísimo alcaná de Toledo, se aprovechó el manco de Lepanto para apropiarse de la historia del Quijote” (311). En la escritura de *El perpetuo exiliado* converge imaginación literaria, trabajo de archivo, revelación de manuscritos encontrados, herencias familiares, mentiras adornadas con pinceladas de realidad “para que al lector desprevenido le parezca una historia verdadera” (326).